

CAPÍTULO VIII

Los viajeros.

Á la vez que sucedía este desastre, precursor de otro mucho más grande y terrible, dos viajeros que cabalgaban en excelentes caballos de Perche, salían por la puerta de Bruselas una noche en que el frío se hacía ya sentir, y tomaban la dirección de Malinas. Caminaban muy unidos, con las capas terciadas y sin armas aparentes, si se exceptúa un ancho cuchillo flamenco, cuya empuñadura de metal brillaba en el cinto de uno de los viandantes.

Sin duda iban sumergidos en un mismo pensamiento, pero apenas se dirigían la palabra.

En su traje y apostura se asemejaban á esos mercaderes de Picardía, que entonces comerciaban acti-

vamente en Francia y Flandes, especie de comisionados de fábricas, que ya en aquella época hacían lo mismo que hoy los agentes de las grandes casas, sin imaginar que se acercaban mucho á la especialidad de la grande propagación comercial.

Al verles seguir pacíficamente su camino iluminado por la luna, se hubiera creído que eran dos personas honradas que tenían prisa de llegar á una posada, después de haber hecho su regular jornada.

Y con todo, bastaba enterarse de algunas frases que se les escapaban de vez en cuando, esto es, cuando se entretenían en conversación, para no conservar respecto á ellos aquella opinión errónea que hacían formar á primera vista.

Y desde luego podemos asegurar, que la palabra más extraña de todas fué la que pronunció uno de ellos á llegar á media legua poco más ó menos de Bruselas.

— Señora, dijo el más grueso al más esbelto, habéis hecho muy bien en disponer que partiésemos esta noche, pues con esta marcha adelantamos siete leguas y llegaremos á Malinas cuando ya se sepa allí, según todas las probabilidades, el resultado de la última tentativa contra Amberes. En esta ciudad estarán celebrando los vencedores su victoria con toda la embriaguez del triunfo. Dentro de dos días, y sin apresurarnos mucho, porque tenéis necesidad de descanso, estaremos ya en Amberes, justamente cuando el príncipe abandone su alegría y se digne mirar hacia la tierra, después de haberse extasiado en el séptimo cielo.

El viajero á quien su camarada llamaba señora,

y que no dió muestras de extrañarlo, á pesar de su traje masculino, contestó con acento triste y suave :

— Creed, amigo mío, que Dios se cansará de proteger á ese miserable príncipe y herirá su corazón cruelmente : apresurémonos, pues, á realizar nuestros proyectos, porque yo no pertenezco al número de aquellos que confían en la fatalidad, y pienso por el contrario que los hombres pueden obrar libre y desembarazadamente. Si nosotros no nos movemos y dejamos obrar á Dios, os aseguro que esto no merecía la pena de haber vivido hasta ahora en medio de tanto dolor y melancolía.

En aquel momento sopló con fuerza una helada ráfaga del Nordeste.

— Tembláis de frío, señora, dijo el de más edad de los dos viajeros ; embozaos bien con vuestra capa.

— No, Remigio, gracias : ya sabes que no siento los dolores del cuerpo ni los tormentos del alma.

Remigio alzó los ojos al cielo y guardó silencio.

De vez en cuando detenía su caballo y se volvía sobre los estribos, mientras que su compañera seguía caminando triste y muda como una estatua ecuestre.

Sin embargo, en una de dichas paradas dijo á Remigio :

— ¿Á nadie divisas detrás de nosotros?

— Á nadie, señora.

— ¿Y el caballero que nos alcanzó por la noche en Valenciennes y que tomó informes acerca de nuestras personas después de habernos observado con tanta sorpresa?

— No lo he vuelto á ver.

— Se me figura que le he visto yo antes de entrar en Mons.

— Y yo, señora, estoy seguro de que también le hemos encontrado antes de entrar en Bruselas.

— ¿En Bruselas?

— Sí, pero sin duda se ha detenido en esa última ciudad.

— Remigio, dijo la dama aproximándose á su compañero como si temiese que se escuchasen sus palabras en aquel camino solitario, Remigio, ¿no crees que se parece á...

— ¿Á quién?

— Á ese desventurado joven; es decir, en el aire del cuerpo, pues no he llegado á verle la cara.

— ¡Oh! no, no por cierto, señora, se apresuró Remigio á responder. ¿Cómo queréis que él haya podido adivinar que hemos salido de París y tomado este camino?

— Del mismo modo que averiguaba dónde vivíamos cuando mudábamos de domicilio en París.

— No, señora, no, dijo Remigio : ni nos ha seguido, ni ha dado órdenes para que nos sigan, y como ya os he dicho antes, tengo poderosas razones para creer que ha tomado un partido desesperado.

— ¡Ah, Remigio! todos tenemos que soportar en este mundo nuestras respectivas penas. Dios tenga compasión de los tormentos de ese joven.

Remigio contestó con un suspiro al suspiro de su señora, y ambos prosiguieron su camino sin oír otro ruido que el que producían los pies de los caballos sobre un piso sonoro.

Así anduvieron dos horas, hasta que cuando ya

iban á entrar en Vilvorde, volvió Remigio apresuradamente la cabeza.

Acababa de oír el galope de un caballo en una vuelta del camino.

Se detuvo, se puso á observar, pero nada vió.

Sus ojos procuraron, aunque inútilmente, penetrar con sus rayos la profunda oscuridad de la noche, y notando al fin que el anterior ruido no turbaba ya el silencio imponente de aquellos sitios, entró en la población con su compañera.

— Señora, la dijo, pronto será el día, y si os parece bien nos detendremos aquí: los caballos están cansados y tenéis necesidad de descanso.

— Remigio, en vano queréis ocultarme la verdad: os veo muy intranquilo.

— En efecto, señora, temo por vuestra salud, pues es imposible que una mujer sea capaz de aguantar tan continuada fatiga, y aun yo mismo...

— Haced, pues, lo mejor que os parezca, contestó la dama.

— Bien, entrad en esa calle angosta, á cuyo extremo se vé una luz opaca, señal evidente de que hay allí una hostería: apresuraos.

— ¿Habéis oído alguna cosa?

— Sí, el paso de un caballo. Es muy probable que me equivoque, pero en todo caso me quedo aquí un instante para convencerme de la falsedad ó realidad de mis dudas.

La dama picó á su caballo sin replicar ni hacer el menor esfuerzo para que Remigio desistiese de su propósito, y penetró en la calle que el último le había indicado.

Remigio la dejó pasar, echó pie á tierra y abandonó su caballo que naturalmente siguió la misma dirección que el de su compañera.

En cuanto á él, se ocultó detrás de una tapia y esperó.

La dama llamó á la hostería, detrás de cuya puerta, según la costumbre hospitalaria de los flamencos, velaba, ó más bien dormía una criada de anchas espaldas y robustos brazos.

Esta criada había oído ya los pasos del caballo, y despertándose sin apariencias de mal humor, se apresuró á abrir la puerta y á recibir con los brazos abiertos al viajero, ó más bien á la viajera.

Abrió después á los caballos la gran puerta de la cuadra, en la cual se precipitaron con el instinto propio de su naturaleza.

— Aguardo á mi compañero, dijo la dama; permitidme que me siente junto al fuego, pues no quiero acostarme hasta que llegue.

La criada echó paja á los caballos, volvió á cerrar la puerta de la cuadra, entró en la cocina, arrimó un taburete al fuego, despabiló con los dedos el candil y se durmió de nuevo.

Entretanto Remigio, que se había situado en emboscada, espía el paso del viajero cuyo caballo había sentido.

Le vió efectivamente entrar en el pueblo, caminar al paso y detenerse: el jinete llegó á la calle estrecha, observó la luz, y pareció que dudaba sobre si debería pasar de largo ó dirigirse hacia ella.

Por último, volvió á pararse á dos pasos de

Remigio, que sintió en su cara los resoplidos del caballo y echó mano á la daga.

— Es el mismo, murmuró, el mismo que nos persiguió sin descanso. ¿Qué es lo que quiere?

El viajero se cruzó de brazos mientras su caballo estiraba el pescuezo, porque sin duda había oído la cuadra.

El jinete no pronunciaba una sola palabra, pero en el fuego de sus miradas, que tan pronto dirigía al frente como á retaguardia, era fácil adivinar que se preguntaba interiormente si debía volverse atrás, seguir adelante, ó hacer alto en la hostería.

— Han proseguido su viaje, dijo al fin á media voz; pues bien, prosigamos el nuestro.

Y espoleando á su caballo echó á andar.

— Mañana, dijo Remigio, mudaremos de camino.

Y se reunió á su señora, que le esperaba con impaciencia.

— ¿Qué hay? le preguntó está. ¿Nos siguen?

— No, señora, me he equivocado; nada se vé por ese camino, y podéis dormir con toda tranquilidad.

— ¡Ah, Remigio! No tengo sueño, eso ya lo sabes.

— Pero al menos cenaréis, señora, pues desde ayer no habéis tomado alimento.

— Con mucho gusto, lo acepto.

Volvióse á despertar la criada, y se levantó por segunda vez con el mismo buen humor que la primera, y al saber que se trataba de hacer gasto sacó del armario que servía de despensa un pedazo de jamón, una liebre fiambre y dulces; en seguida presentó asimismo una jarra de cerveza de Lovaina tan cristalina como espumosa.

Remigio se sentó á la mesa al lado de su ama.

Ésta llenó un vaso de cerveza, con la cual humedeció sus labios, probó el pan, y recostándose en la silla no volvió á probar otro alimento.

— ¡Cómo, caballero mío! ¿No coméis más que eso? preguntó la criada.

— No, ya he concluido, gracias.

La criada se puso á mirar á Remigio, quien cogió el pedazo de pan que había dejado su señora, y lo comió bebiendo después un vaso de cerveza.

— ¿Y carne? volvió á decir la flamenca. ¿No coméis carne, caballero?

— No, hija mía, gracias.

— ¿No os parece buena?

— La juzgo excelente, pero no tengo apetito.

La criada juntó las manos expresando la admiración que le causaba tan extraña sobriedad, ajena de sus compatriotas cuando viajaban.

Remigio conoció que estas demostraciones revelaban algún despecho, y observando el gesto de aquella pobre muchacha, echó sobre la mesa una pieza de plata.

— ¡Oh! dijo la criada, bien la podéis guardar, caballero, pues sólo habéis gastado entre los dos seis dineros, y no tengo vuelta.

— Al contrario, contestó la viajera, esa pieza es para vos, pues aunque mi hermano y yo hacemos muy poco gasto cuando viajamos, como habéis visto esta noche, de ningún modo tratamos de disminuir la ganancia de los que nos hospedan con tan buena voluntad.

La criada manifestó en su semblante la más viva

satisfacción, pero al mismo tiempo se llenaron de lágrimas sus ojos, porque la dama pronunció las últimas palabras con cierto enternecimiento.

— Dime, hija mía, preguntó Remigio á la flamenca, ¿no hay un camino de travesía desde aquí hasta Malinas?

— Sí, señor, y por cierto que es malísimo; sin duda ignoráis que tenemos un camino real hermosísimo.

— No lo ignoro, hija mía, no lo ignoro; pero es el caso que debemos ir por el otro.

— Lo decía, señor viajero, porque como vuestro compañero es una mujer, el camino será para ella mucho peor que para vos.

— ¿Y por qué?

— Porque toda la gente del campo atraviesa esta noche el país con dirección á Bruselas.

— ¿Á Bruselas?

— Sí, señor, todos emigran por ahora.

— ¿Y por qué emigran?

— No lo sé, se ha recibido la orden de hacerlo así.

— ¿Quién la ha dado? ¿El príncipe de Orange?

— No, monseñor.

— ¿Á quién llamáis monseñor?

— ¡Oh! Me preguntáis más de lo que yo sé; el resultado es que desde ayer todos emigran.

— ¿Puedo saber qué clase de gente está comprendida en la emigración?

— Los habitantes del campo y de los pueblos y aldeas que no tienen diques ni murallas.

— Esto es muy particular.

— Nosotros también huiremos de aquí al amanecer

con todos los del pueblo: ayer á las once se enviaron á Bruselas todas las cabezas de ganado por los canales y atajos, y por eso debe haber ahora en el camino de que os he hablado gran confusión de caballos, carretas y aldeanos.

— Lo natural era que todo eso se dirigiese por el camino real, porque de este modo se verificaría más fácilmente la retirada.

— Nada puedo deciros, pero esa es la orden.

Remigio y su compañera se miraron atentamente.

— Pero supongo, dijo el primero, que nosotros podemos proseguir nuestro viaje, supuesto que vamos á Malinas...

— Ya lo creo, si es que no preferís hacer lo que hacen todos, dirigiéndoos á Bruselas.

Remigio consultó á la dama.

— No, no, respondió ésta levantándose, partiremos sin perder momento con dirección á Malinas: hacedme el favor de abrir la cuadra, hija mía.

Remigio se levantó imitando á su señora, y dijo entre dientes:

— Peligro por peligro, prefiero el que ya conozco; el joven, por otra parte, debe llevarnos mucha delantera, y si desgraciadamente nos espera... ¡Oh! veremos entonces.

Los caballos permanecían ensillados, y así Remigio tuvo el estribo á su señora, montó después con ligereza, y ambos salieron del pueblo; la primera luz del día los encontró en las orillas del Dyle.